Históricas Digital

“El solemne mitote”

p. 25-29

Corazón de la tierra
La fiesta titular de los indios a Nuestra Madre y Señora Santa María Virgen de Guadalupe

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

198 p.

Figuras, mapas, planos, fotografías y cartas

(Historia General 40)

ISBN-978-607-30-3948-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de septiembre del 2022

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon_tierra.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EL SOLEMNE MITOTE

En una carta a Felipe II, fray Pedro de Gante confesó en 1558 su fracaso al intentar atraer por primera vez a los naturales de la ciudad de México a la nueva doctrina. Dijo, sin embargo, que al darse cuenta de que "toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos", compuso "metros muy solemnes sobre la ley de Dios y de la fe, de cómo Dios se hizo hombre por salvar el linaje humano y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura y sin mácula". Esos nuevos cantos y bailes, agregó, lograron en pocos meses interesarlos, acudiendo a celebrar la Natividad de Cristo "de veinte leguas alrededor de México", en tan grandes cantidades que no cupieron en el patio de la iglesia de San Francisco.[1] Por su parte, fray Toribio Benavente Motolinía escribió que el canto y el baile eran lo "ordinario" en sus principales fiestas, demostrando en ellas "gran destreza" y "conformidad," y señaló los nombres que daban a la danza o baile: "macevaliztli y netotiliztli".[2]

Con respecto a las danzas dijo también este último que "atabales, canto y bailadores" llevaban perfectamente el compás, entonados, concertados, diestros, con gran acuerdo y gran sentimiento, ataviados muy elegantes con mantas y plumajes. Asombrado porque "no discrepaba uno de otro una jota" comentó: "los buenos danzadores de España que lo ven se espantan y tienen en mucho las danzas de estos naturales".[3] Sin olvidar que escribía hacia 1541, dejó testimonio de cómo esos indios celebraban a "Nuestra Señora" con mucho regocijo y solemnidad, adornando sus iglesias con mucha gracia, con trajes limpios, ataviados con

[1] Fray Pedro de Gante, "Carta a Felipe II", [1558], *Códice franciscano, siglo* XVI, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 206-207.

[2] Véase Rémi Siméon, 1885, donde ambas voces, *macehualiztli* y *netotiliztli* se traducen como "baile, danza".

[3] Toribio Benavente Motolinía, *Memoriales e historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1970, [1541], p. 181-183.

2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/fiesta_guadalupe.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

piñas de rosas en las manos, bailando y diciendo cantares en su lengua, traducidos éstos por los frailes y adaptados por sus maestros "al son de sus cantares antiguos".[4]

Era tal la habilidad de los pueblos originarios en cuestiones de música que muy pronto aprendieron a tocar y a fabricar los instrumentos que trajeron consigo los españoles, incorporándolos a su mundo ritual. Hacia 1555, uno de los mandatos para los indios por parte del Primer Concilio Provincial Mexicano fue que cesaran "los estruendos y estrépitos", por lo que debía moderarse el "exceso grande que había en el Arzobispado y en la Provincia de chirimías, flautas, vihuelas de arco y trompetas", además del "grande número de cantores e indios que se ocupan en los tañer y en cantar". Con respecto a los "bailes y areitos" a los que "desde su gentilidad" eran aficionados, empezaron las sospechas de idolatría al reconocer que solían mezclar en ellos algunas cosas "que podían tener resabio a lo antiguo", por lo que a partir de esa fecha les estaba prohibido usar "insigneas" y "máscaras". En cuanto a las letras de sus cantares, debían ser examinadas por religiosos o personas doctas en su lengua y no podían hacer sus bailes antes del amanecer, ni después de vísperas,[5] lo que indica que eso se mantenía vivo.

Sucedía que, al mismo tiempo, por ser tan atractivo el espectáculo de sus danzas y de sus atuendos de pieles o de plumas, en acta de cabildo del 4 de junio de 1557 los regidores del Ayuntamiento de la capital programaron que para la víspera de la Jura de Felipe II, que sería dos días

[4] *Ibidem*, p. 49-50.

[5] *Concilios Provinciales Primero y Segundo, celebrados en la muy noble y leal Ciudad de México…*, p. 146-147.

2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/fiesta_guadalupe.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

después, los indios hicieran su mitote en la plaza pública,[6] en el que, según Francisco Cervantes de Salazar, se juntaron a bailar cerca de 8 000 personas.[7] Este humanista y eclesiástico hispano, que vio ése y otros "ximitotes",[8] dejó testimonio de ellos, notando, entre otras cosas, su modo de bailar en ruedas y la eficacia de sus instrumentos de percusión: el *huehuetl* y el *teponaztli*, que sonaban a más de una legua. Ambos les ayudaban a entonarse para los cantos que hacían al momento de bailar, en los que, según él, además de alabar al demonio, cantaban "los hechos fuertes de sus antepasados llorando sus muertes". Le llamaron la atención sus vestidos "de pieles de animales que tenían por cosa de majestad y fortaleza", sus adornos con "ricas piedras y vistosas plumas" y su enorme afición por la danza y los bailes, "que aunque estén todo el día en ellos, no se cansan." Comentó que "por darles contento" se les habían permitido, pero estaba seguro de que por inclinación "a su antigua idolatría", aunque comenzaban y acababan sus cantos con palabras de Dios, "interponían las demás gentílicas", por lo que sería mejor "desnudarlos del todo de las reliquias y rastros de su gentilidad".[9]

[6] *Guía de las actas de Cabildo de la Ciudad de México, siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 330. Ordenaron también que al día siguiente se celebraran juegos de cañas y fiesta de toros.

[7] Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1971, [1557-1564], t. 1, p. 315.

[8] A propósito de la palabra "mitote", se deriva de la palabra nahua *mitotiani* o *mitotiqui* (que significa danzante) y proviene a su vez de la voz *itotia,* que se traduce como danzar. Véase Rémi Siméon, *Diccionario de lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI, 1983, [1ª edición en francés, 1885]. La Real Academia de Madrid incorporó la palabra "mitote" en su *Diccionario de Autoridades* desde 1734.

[9] Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España…*, t. 1, p. 134-135.

2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/fiesta_guadalupe.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Al hablar fray Bernardino de Sahagún de las danzas de los naturales —también las llamó "bailes" o "areitos"— y de los atavíos de plumas que usaban en ellas, no pudo, tampoco, dejar de mezclar en su descripción aspectos sobre los regocijos de los que él fue testigo. Su admiración era porque "todos a una" hacían un "mismo meneo" con cuerpo, pies y manos al tiempo que eran "concertados en el canto", expresando que le parecía "cosa bien de ver y bien artificiosa". Pensaba, sin embargo, que los cantares y "meneos", aunque eran "muy agraciados y aún muy místicos", demostraban que aún no estaba talado "el bosque de la idolatría".[10] Para el dominico fray Diego Durán, se habían equivocado mucho los que "con buen celo pero no con mucha prudencia" habían quemado y destruido "las pinturas de antiguallas que tenían", pues, dijo muy sinceramente, "nos dexaron tan sin luz". Sucedía, según él, que delante de sus ojos idolatraban, mientras los hispanos no los entendían ni en sus "mitotes", ni "en los cantares que cantan", ni en el mercado, ni en los baños.[11] Dedicó un apartado especial para describir las *cuicacally* —como se nombraba en la antigüedad a las escuelas de danza y de canto que había en cada barrio—, que eran muy concurridas y en donde "mozos y mozas" aprendían desde pequeños, con mucha disciplina, a "tañer", a cantar y a bailar.[12]

El Tercer Concilio Mexicano que tuvo lugar en 1585 se preocupaba, igualmente, por borrar en los indios "vestigio

[10] Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, [1576], Alfredo López Austin y Josefina García Quintana (estudio introductorio, paleografía y notas), 3 t., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, t. 1, p. 95.

[11] Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, [1581], t. II, p. 15-16.

[12] *Ibidem*, p. 195.

2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/fiesta_guadalupe.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

alguno de antigua impiedad" y por impedir que "la astucia diabólica" los llevara de nuevo "como perros, al vómito de la idolatría". Mandaron que en sus juegos y bailes no portaran coronas ni adornos, que no se les permitiera usar canciones donde refirieran sus historias antiguas o impiedades de su religión falsa, que sobre todo no danzaran dentro de los templos ni en lugares ocultos y que en las fiestas sólo pudieran bailar después de la misa y antes del mediodía.[13] Cinco años después, a una década de que finalizara el siglo XVI, el jesuita Joseph de Acosta escribía sobre "el solemne mitote", describiéndolo como el ejercicio de recreación "más tenido de los mexicanos", en el que entraban a veces los mismos reyes. Dijo, también, algo importante que los otros cronistas no señalaron lo suficiente, esto es, que aunque muchas danzas se hacían en honra de sus ídolos se trataba también de "un género de recreación y de regocijo para el pueblo". Por eso creía que no estaba bien quitárselos en los días de fiesta, sino procurar que no se mezclara en ellos la superstición. Consideraba que era digno de admitir que "lo que se pudiere dejar a los indios de sus costumbres y usos no habiendo mezcla de sus errores antiguos, era bien dejallo", intentando, según el consejo de San Gregorio Papa, que las fiestas y los regocijos que celebraban a los santos se encaminaran al honor de éstos y al de Dios.[14]

[13] Libro 1, título 1 del *Tercer Concilio, 1585*, Nueva Impresión del de Galván Rivera, Barcelona, 1871, "Concilio Provincial Mexicano III" celebrado en la Ciudad de México en el año de 1585", en *Concilios provinciales mexicanos. Época colonial*, María del Pilar Martínez López-Cano (coord.), edición en disco compacto, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

[14] Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 2ª edición revisada, Edmundo O'Gorman (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1962, [1ª edición *ca.* 1590], p. 317-318.

2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/fiesta_guadalupe.html